

Vida interior o vida cristiana responsable

Carlos Francisco Vera Soto MSPS



México, D. F. junio de 2014.

Vida interior o vida cristiana responsable en Concepción Cabrera de Armida



A raíz de la celebración de Pentecostés, este 8 de junio de 2014, el teólogo español, José Antonio Pagola ha escrito este interesante texto:

«Hace algunos años, el gran teólogo alemán, Karl Rahner, se atrevía a afirmar que el principal y más urgente problema de la Iglesia de nuestros tiempos es su "mediocridad espiritual". Estas eran sus palabras: el verdadero problema de la Iglesia es "seguir tirando con una resignación y un tedio cada vez mayores por los caminos habituales de una mediocridad espiritual".

El problema no ha hecho sino agravarse estas últimas décadas. De poco han servido los intentos de reforzar las instituciones, salvaguardar la liturgia o vigilar la ortodoxia. En el corazón de muchos cristianos se está apagando la experiencia interior de Dios. La sociedad moderna ha apostado por "lo exterior". Todo nos invita a vivir desde fuera. Todo nos presiona para movernos con prisa, sin apenas detenernos en nada ni en nadie. La paz ya no encuentra resquicios para penetrar hasta nuestro corazón. Vivimos casi siempre en la corteza de la vida. Se nos está olvidando lo que es saborear la vida desde dentro. Para ser humana, a nuestra vida le falta una dimensión esencial: la interioridad. Es triste observar que tampoco en las comunidades cristianas sabemos cuidar y promover la vida interior. Muchos no saben lo que es el silencio del corazón, no se enseña a vivir la fe desde dentro. Privados de experiencia interior, sobrevivimos olvidando nuestra alma: escuchando palabras con los oídos y pronunciando oraciones con los labios, mientras nuestro corazón está ausente. En la Iglesia se habla mucho de Dios, pero, ¿dónde y cuándo escuchamos los creyentes la presencia callada de Dios en lo más hondo del corazón? ¿Dónde y cuándo acogemos el Espíritu del Resucitado en nuestro interior? ¿Cuándo vivimos en comunión con el Misterio de Dios desde dentro?

Acoger al Espíritu de Dios quiere decir dejar de hablar solo con un Dios al que casi siempre colocamos lejos y fuera de nosotros, y aprender a escucharlo en el silencio del corazón. Dejar de pensar a Dios solo con la cabeza, y aprender a percibirlo en los más íntimo de nuestro ser. Esta experiencia interior de Dios, real y concreta, transforma nuestra fe. Uno se sorprende de cómo ha podido vivir sin descubrirla antes. Ahora sabe por qué es posible creer incluso en una cultura secularizada. Ahora conoce una alegría interior nueva y diferente. Me parece muy difícil mantener por mucho tiempo la fe en Dios en medio de la agitación y frivolidad de la vida moderna, sin conocer, aunque sea de manera humilde y sencilla, alguna experiencia interior del Misterio de Dios».

Ahora, nosotros, deudores de la Espiritualidad de la Cruz, debemos mirar a nuestra fuente, a Conchita, para conocer cómo ella se alejó de esa mediocridad espiritual y de esa vida de exterioridades que ayer y hoy ha sido el verdadero cáncer de una vía comprometida con Dios y con su pueblo. Nosotros no podemos aspirar a nada en la Iglesia, si no logramos mantener una profunda vida interior de unión con Dios. Esa fue, es y será la fuente de todo el verdadero quehacer en la Iglesia. Vamos a revisar cuatro distintos momentos en la vida de Conchita y vamos a ver cómo iba ella resolviendo los obstáculos que se le presentaban en la vida de todos los días para no perder lo que es el objetivo último de toda vida espiritual seria: la unión con Dios.

Primer momento 1893

Conchita es una joven esposa de 28 años, que tiene a su cargo la atención de su hogar. Casada con Francisco Armida y madre de varios hijos ha decidido tomar en serio su vida cristiana. Buscando con ahínco un director espiritual que conduzca su experiencia interior, ha dado con el jesuita catalán Alberto Cuscó y Mir, quien después de hacerla esperar casi un año, finalmente la acepta como hija espiritual. Este escrito que a continuación presentamos, es prácticamente la apertura de su Cuenta de conciencia; comienza relatándonos su experiencia de vida y de unión con Dios. Analicemos los elementos con los que cuenta esta experiencia:

«Octubre 1893

Quiero vivir esa vida interior que tan poco conozco; esa vida en que por todas partes se siente y se respira a Jesús... ¡Oh sí, mi Dios, a quien con el alma adoro! Únete entrañablemente a este infame corazón, y que nada sea capaz de separarnos. Que de esta unión se desprendan los sacrificios y de los sacrificios la unión.

Yo me figuro que es mi pecho un Tabernáculo en donde está continuamente encerrado Jesús... y cuán grato me es de cuándo en cuándo abrir esa puerta oculta, y contemplarlo arrobada, sí, extasiada ante tanta hermosura. ¿Por qué no lo he de decir?

¡Cuántas veces suspendo mi costura u ocupaciones porque me parece que me llama... o serán tal vez los deseos vehementes que tengo de estar con Él, sí, ¡y decirle cuánto lo quiero...!

Cuando estoy con la gente o en medio del mundo, si no puedo abrir de par en par esa puerta secreta de cuya llave dispongo, la entorno solamente, y por ahí de cuándo en cuándo mis miradas buscan a quien tanto amo; mis suspiros y aspiraciones llegan a sus oídos y pasan a su Divino Corazón; y esto le agrada a Jesús... ¡ah! es tan bueno, que se pone muy contento... y sonrío... y llena todo mi ser de torrentes de dulzura...

¡Ay y qué bueno, qué hermoso, qué dulce es el Dios de mi corazón!

¿Por qué no le conocen tantas almas, por qué, Señor mío, tantas conociéndote mucho, te ofendemos...? ¿No se debía llorar esto con lágrimas de sangre, de pura sangre del corazón?

Cuando estoy sola enteramente, o por la noche en mi oración, entonces sí que me doy gusto... Sale mi divino prisionero pero sale sin salir; ¡cómo Él todo lo puede! y está dentro de mí, y se encuentra también fuera, a mi lado.

¡Yo me lo figuro de tantos modos...!

Lo adoro postrándome a sus pies, le beso mil y mil veces con el mayor respeto y cariño, y le digo muy quedito mil ternezas que sólo Él las sabe... ¡Cómo me aguanta el Señor estas tonteras, y lo peor es que siento que le agradan! ¡Es tan complaciente... tan

amable, tan amoroso...! ¿Cómo ha de contradecirse, rechazando a los que Él mismo ha llamado con aquellas dulcísimas palabras: “Venid a Mí, todos los que sufrís?” ¿Cómo no sentir alivio en las penas yendo a Él, amando sólo a Él y viviendo todos por Él y para Él? ¡Oh sí, Jesús mío queridísimo!, la unión contigo es la felicidad del cielo que puede comenzar a experimentarse en la tierra, porque en ella se encuentra la fuerza para todos los sacrificios. Concédemela, Dios mío adorado, y que todos los instantes que no te pertenezcan en mi vida, prefiero mil veces que no existan para mí.

A veces, como de puntitas, si así puede decirse, como muy quedito, abro aquella puerta del Sagrario que está dentro de mi corazón, con intención de sorprenderlo, y ver el porqué de aquel silencio como si estuviera dormido... Ahí lo encuentro, sí, pero me sorprende su quietud profunda. ¿Qué estará pensando Jesús, me digo?; ¿le afligirán en estos momentos tantas y tantas ingratitudes...? ¿O por el contrario, estará gozando de la pureza de algunas almas santas? ¡Cómo atreverme entonces a turbar aquel silencio tan admirable y sublime!

Algunas ocasiones lo acompaño no diciéndole nada, pero sintiendo mucho allá muy hondo, en el fondo del alma... Estos momentos no se encuentran a mi alcance, y sólo vienen cuando a Él le place comunicármelos. No sé cómo puede ser esto, supongo que debe ser una oración de quietud, o más bien de unión, que sin hablar ni pensar, con sólo acercarse a Jesús, comienza el alma a comunicarse, y Dios con ella a entenderse muy íntimamente, con una claridad y dulzura inexplicable. Yo me figuro como unas corrientes eléctricas de corazón a corazón. Yo no lo despierto, mas Él siento que me escucha. ¡Qué bueno eres, mi Jesús, vida mía! Yo quisiera encontrar palabras nuevas, expresiones que tradujeran fielmente estos sentimientos del alma que es toda tuya; pero no espero encontrarlas en ningún diccionario del mundo... y sólo los ángeles deben poseer este lenguaje para cantar tus glorias.

Otras veces, sólo me pongo muy cerquita de Él, como un perro, un burro, sin ningún sentimiento, pero me considero feliz con siquiera estar a su lado.

También cuando me siento caer en algún pecado, o próxima en el peligro, muchas veces con estruendo abro aquella misteriosa puerta, y a gritos del alma le llamo en mi ayuda, pidiéndole socorro... Siempre que a tiempo acudo a Él, experimento su valimiento y protección. Puedo detenerme... vencerme... no caer... y con razón. Cuando aquella poderosa mano sostiene, ¿qué puede todo el infierno junto?

Sin embargo, cuántas ocasiones no acudo a Él, y caigo... y mis faltas y miserias, debilidades e inconstancias, me humillan a sus purísimas miradas... Entonces, hago un esfuerzo, cierro los ojos para arrojar lejos de mí la soberbia y la desconfianza, y me echo en sus brazos, ¡oh sí, Jesús mío!, arrepentida y humillada... En el acto siente mi alma el bálsamo del perdón... ¡Cuánta bondad, qué infinita misericordia hay en aquellos brazos de Padre... de hermano... de amigo...!

Yo creo, que el alma que experimenta esta vida de unión con Jesús, ya no puede vivir sola... Con Él, se acabaron las tristezas, los desalientos y desconfianzas. Llega a

morir, o al menos a aniquilarse aquel Yo que tanta guerra nos hace, y a vivir sólo Jesús. “Ya no vivo yo, sino que Jesucristo vive y obra en mí”. ¿Por qué extrañar entonces aquella fortaleza contra nuestros enemigos, contra todo el infierno? Si es Jesús el que vive y alienta en nuestro corazón, ¿cómo puede haber entonces pecados?

¡Oh mi Jesús, mi Jesús!, no te apartes jamás de esta alma toda tuya, porque sin Ti ya tú sabes lo que ha sido... lo que es capaz de ser... No, no, primero mil muertes que un solo pecado venial; ¡que me horrorice, que me estremezca con sólo su sombra, y que no empañe nunca esta alma que creaste a tu imagen, para reflejarte en ella, para tener ahí tus delicias, para templo vivo de tu Espíritu Santo ...!

Bastante estropeada y fea se encuentra con tantos pecados. Perdónala, mi Dios... mira sus lágrimas, su inmensa pena... Era que la pobre no te conocía, o más bien, no te quería escuchar. Pero ahora, ¿verdad que ya es toda tuya, sólo tuya, tuya siempre y por puro amor? Sí, sí, *por puro amor*. ¿Qué mayor dicha puede haber que servirte, aun cuando no existiera ninguna recompensa?

Sí, Dios mío, Dios de mi vida, Ser invisible y santo; yo te amo por ser quien eres; mi alma tiende a Ti, Bondad infinita, Hermosura sin par, y se pierde mi limitada inteligencia al querer comprenderte. ¡Oh unión divina, oh mi Dios, mi Dios...! Yo aspiro tu perfume en donde quiera que me encuentre... en mis alegrías, te siento junto de mí, y sé que Tú me las proporcionas. En mis penas, también reconozco tu mano bendita, haciéndome merecer un poco. Sí, mi buen Jesús, sí; es una realidad la unión divina... existe, y mis más ardientes deseos consisten en que jamás se interrumpa, hasta contemplarte algún día cara a cara... ¡Qué esperanza tan hermosa ensancha este pobre corazón tan pequeño para sostener a todo un Dios...!

Pero dime, Jesús: ¿Por qué me dejas escuchar el ruido del mundo, sentir su contacto y hasta manchar, ¡ay!, esta alma que sólo para Ti vive?, ¿por qué no la cierras con el candado firme del amor, y la dejas vivir extasiada tan sólo en tus divinas perfecciones? ¡Ay sí, Vida mía! Yo quiero pensar en Ti por los que te olvidan... sacrificarme por los que te ofenden... amarte por tantos que te aborrecen sin conocerte... ¿Pudiera yo, miserable, reparar un tanto esas ingratitudes que traspasan tu amantísimo Corazón, amándote mucho, amándote siempre y a cada instante, tanto, tanto, aunque mi pecho se hiciera mil pedazos...?

¿Qué quieres, Jesús, qué quieres? Toda mi sangre, tómala. Mas, ¿qué vale, Señor, la sangre de una miserable como yo...?, sola, nada absolutamente; pero unida y revuelta con la tuya, tendría, sí, un valor infinito.

Mira, Jesús mío: Todos los días corre por mis venas tu sangre purísima... Yo pongo sobre tu Corazón la mía, para que me recuerdes, cómo yo tengo la tuya diariamente dentro del mío para recordarte... Que ella tiña su entrada, para que el demonio no pueda acercarse jamás.

¡Oh Sangre de Jesucristo, embriágame! ¡Penétrame, Señor, de tu presencia... de tu amor, de aquella tan deseada unión...!

¡Yo quiero vivir, respirar, y morir dentro de ese foco de amor... en ese Corazón traspasado...!

¡Oh dicha sobre todas las dichas! ¿Qué me importarán ahí, las penas, los sacrificios y la cruz? Yo quiero sufrir por quien tanto padeció por mí... ¡Jesús mío, Jesús mío, amor y sacrificio; en esto quiero hacer consistir mi existencia en la tierra...!» (CC, 1, 1-12. Octubre de 1893).

Descubrimos en este texto:

- Deseos vehementes de unirse a Dios, lo pide con fuego.
- Deseos de estar a solas con él como un enamorada con su enamorado
- Entiende su interior como morada, lugar de encuentro.
- Dios es tratado como una persona a quien hay que atender y obsequiar.
- La imaginación tiene una parte importante: lo ve, lo siente, lo percibe, lo quiere abrazar y besarlo.
- Hay una verdadera comunicación entre Dios y su creatura.
- El olvido del Otro es vivido como traición, ingratitud, desacato.
- El que prueba la relación con Él, queda enganchado de por vida.
- Se busca contentar al Amado, saber, adivinar su voluntad para cumplirla.
- La felicidad, consiste en estar con Él.

¿Cómo es mi relación con Dios?

¿Dedico tiempo a la oración, platico con Jesús, lo siento en mi interior?

¿Siento que parte de mi alegría y felicidad es «estar con Él.»

Segundo momento 1903

Si revisamos la Cuenta de conciencia, cada 10 años, de los 43.7 años que duró, podemos sondear cómo iba esa “Vida interior en doña Concha Cabrera” y cómo manejó ella esa determinación de vivir en serio su vida cristiana.

Por ejemplo, en 1903, Conchita tiene dos años de viuda, está a cargo de sus hijos como padre y madre; va a enfrentar el rompimiento con el padre Mir, la separación de algunas hermanas de la Cruz, que de manera poco caritativa, por influjo del padre Mir, dejarán el Oasis para irse a Aguascalientes; va a vivir



la penosa muerte de su hijo más pequeño, Pedro, y también va a tener un encuentro crucial para las Obras de la Cruz, por su relación con el padre Félix de Jesús Rougier. A partir de ese encuentro, de su nueva dirección espiritual, nuevos derroteros tendrá su vida de unión con Dios:

«Noviembre 26

La oración en suma distracción, sin poder hacer más que luchar y durante el día, todo ha sido de escribir las Constituciones para el Oasis; mi director traduciendo de las “Normas” y yo escribiendo; pedimos siempre antes al Espíritu Santo luz, y no nos apartamos del *color* de la Obra, o sea de lo que Jesús quiere.

¡Oh mi Señor!, bendice ese trabajo y que no nos apartemos un punto de tu voluntad santísima.

Noviembre 27

Hoy muy recogido el espíritu, durante toda la mañana, después del Víacrucis con la cruz y de la crucificada, muy fácil recurso a la unión con Dios. Tuve que estar entre el ruido de un cambio de casa, y en ese trabajo, y, sin embargo, el alma en su soledad muy oculta, muy apretada contra su Dios y Señor. No salí de aquel santuario interior; puedo decir que toda la mañana fue una oración continuada. ¡Oh mi Jesús!, ¿qué querrás de este infeliz corazón que tanto te ama?

He tenido hoy también, luchas con las pasiones, especialmente en mi oración de la mañana. Como un alboroto repentino de coraje contra las del Oasis que se fueron, llevándose mis papeles, levantándoseme como en oleadas la rabia, en fin, esto tan fuerte como ni se me había ocurrido, teniendo que luchar para calmar el alboroto del alma. Reiteraré ante mi Jesús el perdón que mil veces les he dado y pedí por ellas con toda el alma.

Tengo hambre, necesidad de perfección; debo practicar las virtudes, debo ser santa, Padre Félix, ayúdeme por caridad.

Hoy más actos de vencimiento, de mortificación y de humildad.

¡Oh mi Jesús!, lo bueno es tuyo, lo malo, sólo mío. ¡Bendito seas!

Noviembre 28

La oración primera llenísima de imaginaciones involuntarias sobre lo del Oasis —cuentas, etc.—

Siento, Padre Félix, un empuje a las virtudes, a la santidad, que no quiero dejar pasar; esas gracias debo abrazarlas y aprovecharlas.

Entiendo que el Señor quiere que ahonde en la humildad, en todas sus formas... Sí, mi Padre, quiero ser humilde, pero de veras; ¡cuánto amor propio tengo!, ayúdeme por caridad a echarlo fuera de mi corazón en donde tiene tantas y tan hondas raíces. Sí, sí; quiero tener muy arraigada la idea más baja de mi persona. Quiero jamás hablar de mí ni bien ni mal, quiero pasar por el mundo más que desapercibida ¡oh sí! despreciada, aborrecida, calumniada, como digna en vida y en muerte de ser arrojada al muladar...

Yo quiero que todo el mundo comprenda que no sirvo para nada, más aún, que soy dañosa y sólo acreedora al asco universal. ¡Ah sí, Padre Félix!, ése debe ser mi centro, mi trono, mi descanso y en donde mi corazón se apoye y mi alma tenga sus delicias... Ayúdeme a subir a ese hermoso trono, que ahí me espera mi Jesús. ¡Oh! vamos usted también, que siento muy vivo el deseo de arrastrarlo a esos caminos en donde está su felicidad. Seamos humildes, pero de todo corazón, como nuestro Amor, manso y humilde y a qué grado, ¡Dios mío!

Si nos alaban, nos avergonzaremos, si nos desprecian, ¡oh gozo!, gozo santo, suave y dulcísimo... sólo por nuestro Jesús.

Yo tengo hambre de verme arrastrada y desprestigiada y dentro de los pies y de las salivas del mundo... ¡qué hermoso!, Padre Félix y siento claro claro, que ése es *mi puesto*, mi único merecido lugar; todo lo demás, oh no, no es para mí ¿No lo ve usted así, Padre? Dígame que sí y ponga manos a la obra enseñándome la humildad y ejercitándome en ella. ¿Me lo promete? Sí, por amor de Dios.

Noviembre 29

Pasé el día enferma y con tristeza en el alma; aquel terrible peso que con nada se aligera y que la compañía de las creaturas como que lo aumenta.

Yo, siento claro, Padre Félix que mi corazón no se hizo para el mundo; estoy en él como fuera de mi centro, con un martirio de *Sagrario*, diré, sólo encaminando ahí mis miradas y mis suspiros; la tendencia de mi alma, es siempre hacia ese lugar y envidia a las almas que viven cerquita, recibiendo de ahí calor y vida...

No se imagina la atracción tan extraordinaria que experimenta mi alma hacia Jesús, en la Eucaristía, aun al pasar por cualquier Iglesia. ¿Verdad que esto también es gracia? ¡Oh mi Jesús! Bendito mil veces seas.

Después de la Misa, de repente me dijo el Señor:

— “¿Lo tomas con toda tu voluntad como hijo?”

— No mi Jesusito, no; mejor hasta el día 8, entonces sí te lo prometo.

Supuse que sería esto para enviarme dolor, pero esto hasta después; en el acto, sólo se me vino contestarle eso. No rehusó el dolor, mi Jesús, Tú bien lo sabes, pero si no te contesté bien, perdóname.

Noviembre 30

El peso en el alma, como que no me deja volar; todo por Ti, mi Amor, todo por Ti... Mucha impresión me hace, Padre Félix que usted me hable de las gracias que el Señor me ha hecho. Yo comprendo que no las aprecio como debo, porque no las entiendo. Pero usted las agradece por mí ¿verdad?, esto me consuela muchísimo, porque aunque soy, no quisiera ser ingrata. Yo quiero corresponder en mi miseria a los favores del Señor, santificándome. Anhele mi calendario, siento ansias de perfección y sacrificio para dar gusto a mi Jesús.

Este mes he sido muy floja en las virtudes, sólo en la penitencia hice lo que en ninguno de mi vida, pero no hice gracia porque mi Jesús me ayudó.

Perdóname Jesús todo lo malo que haya hecho y envuélveme en tu preciosa Sangre, hasta la muerte» (CC, 19, 257- 264. Noviembre de 1903).

En el texto anterior podemos extraer estas ideas principales:

- La relación con Dios es casi como una lucha; para permanecer unido a Él se ha de conquistar.
 - El ruido y el contexto externo, a veces tan distractor, si hay una verdadera vida interior, no impide unirse a Dios.
 - El mundo de la oración es también un campo para luchar contra las pasiones personales.
 - La oración no es un camino fácil, está lleno de asaltos inesperados.
 - Las virtudes, su práctica, tienen una parte importante en la vida de unión con Dios.
 - La humildad es la única manera “justa” de estar de estar delante de Dios.
- Dios sigue llamando, atrayendo a estar unidos con Él; pero hay que buscarlo.

¿Lucho realmente para hacer un espacio en mis tareas y estar a solas con Él?

¿Trato de combatir mis defectos, mis pasiones o soy súper tolerante conmigo mismo?

¿Trato de ser humilde o siempre quiero estar por encima de los demás?

Tercer momento 1923



Diez años después, en 1923, Conchita tiene 61 años. Es una mujer completamente madura, que ha ido viendo partir a sus hijos a hacer su vida; ha vivido dolorosos momentos de soledad, pero también ha palpado la fidelidad de Dios que ha ido cumpliendo sus promesas; ella ha podido ser testigo de la fundación de la Alianza de Amor, de la Liga Apostólica y de la trabajada fundación de los Misioneros del Espíritu Santo; ahora su experiencia vital se centra toda, en el interior. El contexto externo se complica cada vez más pues el Estado Mexicano, desde la revolución de 1910 y a raíz de la Constitución de 1917 ha reducido a la Iglesia católica a la clandestinidad. Toda obra apostólica que los católicos emprendan es severamente perseguida.

«Enero 1º.

Anoche, de 11:00 a 12:00, me estuve con mi Jesús en el Oratorio dándole gracias por el año que concluía. A las 12:00, con la frente en el suelo, con los brazos en cruz, me ofrecí, con una entrega *total y absoluta*, a los designios que tuviera en este nuevo año sobre mí y sobre los míos.

Cerca de la una me acosté por estarle pidiendo gracias... favores... beneficios... bondades... para las Obras de la Cruz, para las Madres y los Misioneros... para mis hijos todos, especialmente Lupe y Salvador de tan incierto porvenir. Mucho me preocupan. Se los entregué por María a su divina voluntad.

Le pedí mucho por mis religiosos, por mis casados, por los sacerdotes, por los pecadores, por mi pobre y miserable alma.

Le dediqué el año especialmente al Espíritu Santo, a María, a san José bendito, para que gobiernen mi casa y en ella imperen.

Le di a mi Jesús mis horas, mis días, mis latidos, mi vida, mi muerte, lo que Él quiera, todo lo que Él quiera hacer de mi corazón y de mi cuerpo y de mi alma.

Sólo le pedí Oración, Oración, Oración, serle fiel en la Oración, por la cual nos vienen todas las gracias.

No sé por qué tiembla mi corazón al comenzar este nuevo año, pero... *Ecce venio*, aquí estoy, Señor, dispuesta, aunque débil, miserable y vil, a hacer sólo tu divina voluntad que será la mía.

Ayúdame, Virgen Santa, a reaccionar, a tomar el camino de espinas que mi Jesús quiera, a ser suya, a vivir sólo de Él, por Él y para Él. *Amén*» (CC, 44, 101A-101B. 1 de enero de 1923).

- Renueva constantemente su entrega total y absoluta a Dios.
- Pide gracias, favores, beneficios, bondades.
- Se consagra al Espíritu Santo y le regala a Jesús su tiempo, su vida y su muerte..
- Pide insistentemente el don de la oración.
- Quiere vivir sólo de Él, por Él y para Él.

Llama la atención que, habiendo tenido una vida mística tan alta y tan profunda, pida siempre esa gracia de la oración por la cual vienen todos los beneficios.

¿Me entrego a la voluntad de Dios o cuestiono siempre todo lo que me pasa y lo que a otros les pasa?

¿Intercedo por otros, me entiendo como intercesor, pido, toco, busco?

¿Qué llena mi corazón?

Cuarto momento 1936

Han pasado diez años más; doña Concha Cabrera es, se puede decir, una cristiana madura y llena de frutos. Todo en ella ha sido obra de la gracia de Dios y obra de su generosa cooperación. Es admirable comprobar cómo ha batallado en la vida espiritual. Este texto que ahora presento, es de sus últimos ejercicios espirituales en Morelia, bajo la guía de monseñor Martínez. Admira cómo Conchita ha mantenido a lo largo de los años su interés y su amor por Dios; su vida interior ha sido todo menos fácil y sin embargo mantiene las mismas disposiciones de siempre. Es ella lo totalmente opuesto a una vida mediocre. Se ha esforzado hasta el límite en todo aquello que Dios le fue mostrando en el camino; esa es nuestra madre espiritual. Un monumento a la fidelidad, a la correspondencia a la gracia, a la profunda vida interior y a la palabra empeñada. Este texto nos retrata su alma a cinco meses de su muerte:



«Ejercicios

Octubre 3. Primer viernes y día de santa Teresita del Niño Jesús.

Como decía, a mediodía de hoy, comencé mis ejercicios poniéndome como papel en blanco, como blanda cera en las manos de Dios. *Creer* en su amor, *esperar* en sus promesas, *amarlo* con audacia, con explosión (contenida de mucho tiempo).

Dedico este santo retiro al Padre Eterno, *con* el Espíritu Santo, y *por* María.

Mucho he llorado, mucho he sufrido con la ausencia de Jesús, con desolaciones angustiosas, con desamparos terribles...

Pero, gracias a Dios, abandonada en los brazos de Jesús, aceptando todas las amarguras, *como Él lo quiso*, en favor de sus sacerdotes. Él me pidió la renuncia de sus palabras, de todo consuelo sensible en favor de los sacerdotes que los necesitaran, y yo se los di con pleno *conocimiento y consentimiento*.

¿Qué se puede negar a quien se quiere?

Sin embargo; aunque no me he arrepentido, aunque estoy dispuesta, si así le place a Él, tenerme así hasta la muerte, he sufrido mucho, me ha bamboleado en la oscuridad del alma Satanás, llevándome a cierto despecho interior, aunque no consentido, a las dudas de las gracias de Dios, haciéndome ver un fracaso en mi vida espiritual ¡toda de engaño, de ilusión, de imaginación, de mentira! Débil y todo, la fe entre nublados me ha sostenido, esperando contra toda esperanza y amando como a ciegas, sin luz, sin calor, entre el hielo de una indiferencia y frialdad más dolorosa que el mismo dolor.

He visto mi vida como una cosa que pasó... como un santo recuerdo desvanecido... como un engaño inconsciente... y en una soledad sin arrimo, sin apoyo, sin consuelo, como a tuestas, y sin saber siquiera si amo o no amo, si tengo corazón o no tengo, en una tensión a veces desesperante, *dolorosamente* desesperante.

Me he sentido abandonada entre el cielo y la tierra.

He probado de unas hieles como de infierno.

¡He sufrido el horrible suplicio de la indiferencia por todo lo bueno, hasta por el Sagrario, por Jesús, por el cielo!

Se ha asfixiado mi alma como ahogada en una atmósfera de mundo sin poder respirar a lo divino.

He sufrido un vacío, ¡Dios mío!, un vacío tan hondo, tan profundo, sin nada a que arrimarse en que sostenerme, como entre el cielo y la tierra, queriendo mi alma asirse de Jesús y sin poder conseguirlo.

He pasado meses sin saber si comulgúe, acabando de hacerlo, sin saber si recé o no, habiendo rezado, etc., etc.

He sentido la horrible sensación de un abismo entre Jesús y mi alma, un vacío infranqueable, y queriendo encontrarlo, escondérseme, y como llegando a tocarlo, huir de mí.

He dudado si tengo o no corazón, buscando versos, música, a ver si despiertan sus fibras, y he visto *que sí*, pero me he puesto a llorar porque sólo mi frialdad ha sido para lo bueno, para *con Él*, ¡Dios mío!

He llegado a creer que no lo amo, y sin embargo, una crecida y agigantada sensibilidad me grita *que sí*, y sólo su nombre, y sólo hasta su pensamiento *que roza* mi alma, la conmueve y me viene el llanto.

Éste es el estado actual de mi alma como usted lo sabe, Padre mío; y aquí estoy a su lado pronta a *creerle* y a *obedecerle*.

Para con Jesús, sólo quiero lo que Él quiera: no quisiera forzarlo aunque agonice mi alma. Muy honrada me siento en que, lo pobre mío, vaya a salvar, a consolar a algún sacerdote que lo necesite. Le he dado a Jesús *lo mío*, para que con lo de Él, salve a esas amadas almas y más se unan a Él.

Entro a estos ejercicios con una santa indiferencia, sin tenerme en cuenta para nada. Lo único que quiero buscar, es que no tenga yo culpa, pues que no quiero ni testerear ese Corazón de Jesús todo delicadeza y ternura.

Estoy dispuesta con todo mi corazón y mi voluntad, a que hable o no hable, a sentirlo o a no sentirlo, *lo que Él quiera*.

Es tremendamente doloroso tener a Dios y *no sentir a Dios*; pero ¿no es mi camino el dolor?

Voy a cogerme fuerte de las virtudes teologales, único puente para acercarme a Dios.

¡Madre dolorosa, Madre de los desamparados, ayúdame! quiero agradecer a Jesús, y que mis gustos o mis martirios sean *todos para la gloria del Padre*. (CC, 65, 163-170. 3 de octubre de 1936).

El estado de la interioridad de Conchita parece anunciar ya el fin de su vida pues se parece a la oración del Huerto. Aquí, el alma fiel es probada hasta las últimas consecuencias. Dios quiere saber si aceptará su camino a pesar de todo. Es la preparación a la unión transformante que se ha de dar en la Cruz, como se dio en Jesús.

- Parece que todo debe comenzar desde cero, como si no hubiese habido una tremenda vida de unión, amor y confianza entre Dios y el alma.
- Todo lo que la mueve es: creer, esperar y amar.
- Vive la desolación y el abandono total, pero con plena aceptación porque Dios lo quiere.
- El balance que hace de su vida oscila entre la tentación diabólica que le sugiere que todo es un fracaso, una ilusión; pero en la fe, ama a ciegas.
- Este abandono, como el de Jesús en la Cruz, es un vacío de Dios.
- Una crecida y agigantada sensibilidad le grita que ella ama a Dios.
- La determinación: querer lo que Él quiera.
- Confirma que su camino ha sido y es el dolor.

¿Cómo es mi fe, me sostiene en mis penas y dificultades?

¿Cómo es mi esperanza en Dios; me amor a Él y a mis hermanos?

¿Estoy decidido, determinado, a amar en todo por encima de todo, o tengo miedo?

¿Sé, pienso, creo que mis sufrimientos y penas unidos a Dios son meritorios para mí y para otros?

-

Más reguntas para nosotros:

- ¿Tenemos ese impulso ardiente de buscar la unión con Dios, siempre, o estamos en esa “mediocridad espiritual”?
- ¿Cómo es mi “vida interior”, cómo la calificaría?
- ¿Soy fiel, responsable, maduro en mis compromisos?
- ¿Ser contemplativo me define?
- ¿En que me sirve o me impulsa el ejemplo de Conchita?
- ¿Tengo mi director espiritual, tengo mis compromisos con Él o vivo al día de lo que va saliendo?
- ¿Es la oración mi alimento para la vida?

26 de marzo de 2014

La voz del papa



El papa Francisco criticó este miércoles el crecimiento de la mediocridad espiritual entre los pastores, sacerdotes y obispos, quienes han olvidado servir a sus comunidades y han empezado a beneficiarse de sus creyentes.

"Un obispo que no está al servicio de la comunidad no actúa bien; un

cura o un sacerdote que no está al servicio de la comunidad, se equivoca", aseguró.

Las declaraciones del Sumo Pontífice fueron vertidas durante la audiencia general que presidió ante más de 60 mil personas en la Plaza de San Pedro, en El Vaticano.

«Aquellos que son ordenados se colocan a la cabeza de la comunidad. Están 'a la cabeza' sí, pero para Jesús esto significa poner la propia autoridad al servicio de los otros», abundó.

El líder de la Iglesia Católica llamó a los clérigos a no descuidar la vida interior, celebrar misas todos los días, confesarse a menudo y recordar el verdadero sentido de su servicio con la comunidad.

«El sacerdote que no hace estas cosas, a la larga adquiere una mediocridad que no es buena para la Iglesia. Por esto tenemos que ayudar a los obispos y sacerdotes a orar, a escuchar la palabra de Dios que es el alimento diario, a celebrar la Eucaristía todos los días y a confesarse con regularidad», señaló.

Jorge Mario Bergoglio aseguró que no existen accesorios que permitan a las personas convertirse en sacerdote, sino que el servicio a Dios es un llamado divino, por lo que animó a los jóvenes a responder esa invitación cuando la sientan.

Todos los seguidores de Jesús: laicos y laicas, religiosos y religiosas, sacerdotes, Todos, estamos llamados a tener una vida espiritual rica y significativa, no mediocre y acomodada, que nos permita ser como Cristo, servidores y sobre todo, personas que amamos y servimos porque es nuestra vocación... Dios Padre está esperando tu respuesta. ¿quieres salir de esa gris y anodina vida mediocre? ORA.